

tras particulares de alto aprecio y de admiración sincera que prodigaron entonces, y no han dejado de tributar después á Donoso los hombres más ilustres de la Europa. "Un discurso y algunas cartas—decía con razón un periódico francés de antiguo y muy justo crédito—han bastado para colocar al Marqués de Valdegamas al frente de los primeros publicistas europeos." Numerosos testimonios posee el autor de estas líneas de la exactitud de aquel fallo tan lisonjero para el orador y escritor católico, como honroso para España.

Nuestro Gobierno de entonces hizo la más oportuna elección que pudiera ofrecérsele, al nombrar á Donoso Enviado extraordinario y Ministro plenipotenciario de S. M. en Prusia, núcleo, centro y escuela matriz de la moderna filosofía germánica, al mismo tiempo que puesto avanzado para nuestra diplomacia, desde el cual podía ya con menos dificultades reanudar las interrumpidas relaciones de España con Rusia y ensanchar la limitada esfera de nuestra política internacional con las potencias septentrionales. Por lo que tiene Berlín de centro filosófico, halló Donoso en él ocasión favorable para estudiar de cerca los estragos del desenfreno intelectual de las modernas escuelas germánicas; tanto más, cuanto que habiendo llegado á aquella corte en la primavera de 1849, alcanzó á presenciar las atrevidas evoluciones en que por entonces se agitaba la democracia de allende el Rhin, como respondiendo al grito revolucionario del año anterior en Francia: por lo que tiene de puesto avanzado respecto á la Rusia, pudo entablar con el Embajador de esta potencia en Prusia, el Barón de Meyendorff, una interesantísima correspondencia, á un mismo tiempo amistosa y política, que es una ampliación y un comentario bastante curioso de la que en 1839 había seguido con la *Gaceta de Ausburgo*, relativa al pendiente reconocimiento de D.^a Isabel por las Cortes septentrionales.

Pero ni aquel clima helado, ni aquellas costumbres ceremoniosas de la Corte prusiana eran simpáticas á la naturaleza meridional y al carácter expansivo de nuestro Embajador: ahogábase en aquella atmósfera de racionalismo nebuloso, donde apenas hallaba un templo en que adorar al Dios de su patria. Así es que en Noviembre de aquel mismo año dió la vuelta á Madrid, habiendo remitido, durante su encargo, á nuestro Gobierno una serie de despachos acerca de los personajes, de los sucesos y del estado general de Alemania, que por muchos conceptos merecen ver y verán la luz pública, si á ello no se oponen obstáculos insuperables, y que, caso de haberlos, se adivinan fácilmente, tratándose de la correspondencia de un Embajador con su Gobierno.

Restituido á su patria con el aumento de experiencias y de relaciones que ganó en su excursión diplomática, hallóse en posesión de todos los datos necesarios para pronunciar su discurso parlamentario de 31 de Enero de 1850 sobre la situación general de Europa desde Enero de 1848: discurso que, siendo, quizá menos importante bajo sus principales respectos que el pronunciado el año anterior, alcanzó una boga no menos lisonjera para su autor y mucho más lisonjera para España; publicado íntegro por varios periódicos extranjeros, comentado largamente por muchos y especialísimamente mencionado por todos, mereció que persona tan competente, entre otros muchos personajes políticos, como el Príncipe de Meternich, dijera de él en una carta que vió la luz pública por entonces: "Aunque no estoy de acuerdo en algunos puntos relativos al estado
" de las relaciones diplomáticas de Europa, me parece el discurso
" del Marqués de Valdegamas una de las más elocuentes y filosóficas arengas que se han pronunciado en la tribuna moderna, y no
" vacilo en compararle como trozo de filosofía y de elocuencia á
" las de Demóstenes y de Cicerón: no tiene rivales más que en los
" oradores de la antigüedad." Afortunadamente, muchas de las lúgubres predicciones que Donoso hizo en aquel discurso no se han realizado, y aun algunas parecen desmentidas por hechos ulteriores; pero, por desgracia, vivos están, y muy vivos, los gérmenes letales que el orador veía en los principios dominantes de las sociedades contemporáneas: y quiera Dios que el tiempo no venga pronto á confirmar sus tremendos vaticinios.

Pero si lúgubre se le presentaban la situación actual y el cuadro futuro de Europa, no menos tristemente pensaba de la situación especial y de los futuros destinos de España. Sus recelos en este punto fueron tan graves, que, por primera vez en su vida le obligaron á ponerse en hostilidad con un Ministerio del partido moderado, que lo era entonces el presidido por el Duque de Valencia. Consignadas están en su discurso parlamentario de 31 de Diciembre de 1850 las causas que le movieron á hostilizar á aquel Gabinete que, en concepto del orador, era bastante menos celoso de los intereses morales de la sociedad que de sus intereses materiales: sus palabras fueron un grito de alarma que del fondo de su conciencia cristiana le arrancaban sus convicciones, viendo cómo en derredor de nuestras instituciones seculares, en medio de nuestras antiguas creencias y nuestros antiguos hábitos, se iban levantando pasiones disolventes, apetitos insaciables y vergonzosas concupiscencias. Jamás un Gabinete español había escuchado cargos más

terribles en boca de un diputado; y jamás habían tolerado tan sañudos anatemas nuestros partidos políticos. No es probable que los partidos hicieran entonces propósito de la enmienda, para confirmar con sus actos los aplausos que no escasearon aquel día á Donoso; pero es histórico que el Gabinete, tan rudamente combatido por su palabra, dejó de gobernar á los quince días. Y sucedió entonces lo que era natural, lo que preveía Donoso: que si hasta entonces se había salvado de ciertos odios, gracias á que, según el decir de muchas gentes, su política estaba en las nubes, cuando quiso un día descender al fango de lo que se llama política en estos tiempos, sublevó contra sí todas las vanidades que, comprimidas hasta entonces, no habían podido buenamente protestar contra los triunfos de su talento; y empezó á sufrir una doble guerra de alfilerazos y de puñaladas.

El odio, que hasta allí había sido latente, estalló, y estalló con un pretexto que hacía más envenenada su saña, y sus tiros más ciertos. Dios, que sin duda quería probarle cuando ya le vió suyo, permitió una serie de sucesos combinados de manera que, juntando en uno todos los rencores, todas las envidias y todos los desdenes acumulados contra sus doctrinas, contra sus fortunas y contra sus creencias, le asaltasen á un tiempo mismo en el instante que su entendimiento y su conciencia daban la más bella muestra de su inmenso amor á la verdad y de su ejemplar devoción á la causa del bien eterno. Insultos groseros, calumnias osadas, reticencias malignas, todo se prodigó contra su persona cuando dió á luz su *Ensayo sobre el catolicismo*. Era natural: tras el apostolado, el martirio: siempre ha sucedido la misma cosa: desde Jesucristo acá, no ha existido defensor de la verdad que se haya libertado de habérselas con fariseos; ni discípulo fiel del Redentor que no beba cáliz más ó menos hondo de amargura.

Nada importaba que aquel libro inmortal tuviese por objeto restablecer los fueros de la libertad humana, encerrando á la razón dentro de los límites que le ha trazado la Sabiduría eterna. Esto era combatir al racionalismo; y es muy natural: los racionalistas le han cargado la culpa de un misticismo destructor de la razón y de la libertad humana.

Nada importa que aquel libro tuviese por objeto restablecer en la sociedad el imperio de las verdades católicas, y poner el orden moral bajo la tutela y al abrigo de la Iglesia, haciendo que su espíritu vivificante y sus fecundas enseñanzas penetren y circunden á los entendimientos, á los corazones, á las costumbres, á los gobiernos

de las sociedades. Esto era combatir juntos en uno al ateísmo, al deísmo, al regalismo, á la herejía, al indiferentismo, y es muy natural; los ateos, los espíritus fuertes, los regalistas, los herejes y los indiferentes han puesto el grito en el cielo contra el retrógrado teócrata que quiere convertir á los Gabinetes en Capítulos conventuales, los Parlamentos en concilios y los palacios en monasterios.

Nada importa que en las varias cartas publicadas con ocasión de aquel libro, lo mismo que en sus escritos de todos tiempos, haya proclamado absurdo y tiránico un poder humano sin límites; nada importa que haya pedido constantemente el restablecimiento de las jerarquías sociales, como primera base de la libertad en el Estado, pues que es la primera condición del orden. Nada importa esto, ni hay tampoco para qué considerar que los *absolutismos* de todo género han sido eternamente rechazados y anatematizados por la doctrina y por la Iglesia católica. Nada, nada: no hay cuartel para el atrevido y extravagante soñador, para el apóstata de su antigua comunión política que, estudiando con la historia en la mano la filiación del moderno liberalismo, indagando, á la luz de su razón católica, la radical impotencia de las doctrinas liberales para resolver, ni aun para plantear los grandes problemas relativos al orden político, al orden social, al orden humano; mirando con ojos que ven y escuchando con oídos que oyen, los estragos producidos por la recta aplicación de las consecuencias lógicas de aquellas doctrinas, osa examinar desapasionada y desinteresadamente los principios teológicos, sociales y políticos en que descansan, y los encuentra impíos en el orden teológico, disolventes en el orden social, contradictorios en el orden político. Los liberales y los parlamentarios no han querido oírle. *Blasphemasti*, han dicho, y al excomulgarle le han llamado *absolutista*.

Nada importa, en fin, que tan humilde como prudente, y tan prudente como humilde, entregue su libro antes de publicarlo á la censura y acepte las correcciones de hombres insignes por su saber y su piedad; nada importa que, alarmada su conciencia cristiana con el malévolo aviso de que había enunciado peligrosos errores, vuelva á someter su obra á la Suprema autoridad legítima para un hijo de la Iglesia. Nada importa esto. Para quitarle toda tentación de vanidad, y para darle una lección de sana teología, no faltará quien, interpretando á su modo el texto explícito de unas frases, tomando por pretexto otras, fundándose en lo atrevido de alguna metáfora, en algún insignificante *lapsus* de estilo ó de lenguaje, contrario al

rigoroso tecnicismo de la ciencia teológica, le constituya ante la pública opinión autor de más de un error teológico.

De todas estas acusaciones, solamente la última fué poderosa á turbar su tranquilidad y á excitar su resentimiento. Fuese por humildad ó por otra razón, es lo cierto que apenas respondió á los cargos de fatalista místico y de absolutista monárquico con algunas breves y desdeñosas frases; pero cuando vió puesta en tela de juicio la ortodoxia de sus opiniones, la pureza de su doctrina, sintió heridas las fibras más delicadas de su alma; y pidió para su libro un juicio inapelable y solemne que, tranquilizando su conciencia, le sirviera de escudo contra su adversario. Con este propósito creyó oportuno elevar la voz, en son de querrela y en demanda de desagravio, á la Suprema autoridad de la Iglesia; y esto por varias razones. Primera, por el especial y sagrado carácter del autor de aquellas censuras, que como Sacerdote y en materias propias de su ministerio, estaba naturalmente sometido al Jefe supremo de la jerarquía sacerdotal. Segunda, por la no dudosa intervención, ó cuando menos por la aprobación implícita que aquellas censuras llevaban de cierto Prelado, jefe superior inmediato del que aparecía como autor de ellas. Tercera, por la estrechísima relación que esta polémica tenía con la que por entonces se había suscitado en la prensa católica de Francia sobre la influencia de los estudios clásicos del paganismo en la sociedad cristiana; polémica que iniciada con motivo del célebre libro de M. Gaume, titulado *Le Ver Rongeur*, y en la cual Donoso había tomado partido por los adversarios del clasicismo pagano, contenía, bajo las apariencias de una mera cuestión literaria y pedagógica, todas las ardientes y ya antiguas cuestiones entre los ultramontanos y galicanos de la nación vecina: cuestiones que, como es sabido, afectan nada menos que á la misma santidad y pureza del dogma y de la disciplina católica, y que fueron juzgadas por nuestro actual Pontífice tan trascendentales que, para cortarlas, creyó necesario elevar su voz sagrada y pronunciar el santo *Pax vobis*. Cuarta, porque ocupando Donoso á la sazón el elevado puesto de Ministro plenipotenciario de S. M. C. en Francia (para el cual había sido nombrado en Febrero de 1851), se hallaba en una posición bien embarazosa y no podía escoger libremente ciertos medios de defensa. El abate Gaduel (que este era el nombre del crítico), lejos de haberse creído en el deber de dirigirle una advertencia secreta, como parecía prudente y cristiano, tratándose, por una parte de un sacerdote, y por otra de persona constituida en dignidad, cuyo descrédito podía refluir en contra de la católica y hon-

rada nación á quien representaba, se había dirigido al público, amigo siempre de escándalos y siempre inclinado á empañar las reputaciones más limpias; proceder tanto menos admisible, cuanto que atacaba á quien no había de defenderse; pues habría sido cosa inaudita, y verdaderamente escandalosa, ver á un Embajador manteniendo ante el público, con un sacerdote, y sobre materias de dogma, una polémica de suyo prolija. Poníase, por tanto, en ridículo si respondía á su censor; y arriesgaba, por otra parte, su reputación si le dejaba sin respuesta. Y no se diga que el deseo de atajar los estragos que el libro censurado pudiese producir, en concepto de aquel sacerdote, le impulsaban á dirigirse al público en derecho, no: una obra que había corrido libremente por el mundo católico, sin que una voz católica se hubiese levantado contra ella; que había sido traducida al italiano, é impresa en Filogno, en los mismos Estados de Su Santidad, con la aprobación de un asistente de la Inquisición y del Rdo. Obispo de aquella Diócesis, no podía producir los grandes é irremediables estragos que bastarían apenas para justificar la conducta del crítico.

Tales eran los puntos capitales en que Donoso fundó su querrela y su demanda de desagravio: basta mencionarlos en obsequio á lo que exige la exactitud histórica, para comprender el carácter de aquel litigio, que fué funesto para el reposo y para la vida de nuestro Embajador, si bien, en cambio, le granjeó consuelos augustos y satisfacciones de las más dulces que puede sentir un escritor católico de piedad sincera. Pocos días antes de que Dios le llamara á sí, en Abril del pasado año, publicaba acerca de su persona y de su libro un juicio tan ilustrado como lisonjero la primera de las Revistas periódicas que hoy cuenta para su defensa nuestra santa Religión, *La Civiltà Cattolica*, brioso y sabio adalid de la Iglesia, cuyas doctrinas, considerado el lugar en que se publica y la augusta protección con que se honra, gozan de grande y merecida autoridad en todo el orbe cristiano. Nuestros lectores verán en su lugar oportuno el artículo escrito por aquella *Revista*, modelo de prudencia, de caridad y de justicia, en el que ni se escatiman al autor del *Ensayo* los altos elogios que le son debidos, ni se deja sin explicación aquella suma de errores de forma, de defectos de estilo, que han podido ser pretexto plausible para censuras menos prudentes, menos caritativas y mucho menos ilustradas. Aquí nos limitaremos á insertar uno de los párrafos, donde nos parece condensada toda la substancia del artículo.

“El Marqués de Valdegamas—dice,—dotado de elevada inteli-

„gencia, de vasta comprensión, de mente firme y tenaz, como suelen serlo los naturales españoles, es inclinado á afirmar resueltamente lo que le parece verdadero, y enemigo de aquella perplejidad é incertidumbre que, si unas veces es efecto de prudencia, no pocas es indicio de una mente débil é irresoluta. Al ver la sociedad que le rodea, trabajada por la duda, fluctuando vacilante entre la verdad y el error, ha sentido, por una reacción consiguiente, la necesidad de extimularse á sí propio, vigorizando su innata propensión á la certeza, á la afirmación, al dogmatismo. De aquí procede que en sus escritos combatiendo á los escépticos, y á los que llaman libertad á la ciencia, no se ha detenido á discernir, en las falsas doctrinas, aquellas vislumbres de verdad que siempre rodean al error: y en vez de atenerse á las distinciones, necesarias en una discusión propiamente dicha, ha preferido acometer de frente á su adversario y estrecharlo hasta derribarlo, al fin, con el absolutismo de sus afirmaciones, atrevidas, sin duda, pero netas y contundentes. Los enemigos que él combatía, ó negaban á Dios, ó si se dignaban admitir su existencia, era para relegarlo, por decirlo así, de la Creación, pues que todo lo explicaban por la sola intervención de la naturaleza y del hombre: Donoso, en consecuencia, afirmó que solamente en Dios y en la Sabiduría reguladora de los seres y de los sucesos estaba la explicación del hombre y de la naturaleza. El incrédulo siglo á quien se dirigía, desecha la creencia en los impenetrables Misterios de nuestra fe: y en consecuencia, Donoso quiere, por medio de parangones y figuras, hacer aceptable á los entendimientos rebeldes el arcano más augusto de la revelación, el Dios uno y trino. A los que niegan el pecado original, y el enflaquecimiento de nuestra naturaleza, que fué la pena del mismo, Donoso se esforzó en probarles lo conveniente del primero, presentándolo como casi necesario para que se manifestasen los divinos atributos; mientras que exageró, al parecer, la segunda, cuando viene á declarar á la naturaleza humana esclava, en todos sus actos, de la culpa y del error. A los que exaltan la libertad y la independencia del hombre, les dijo: “No sois libres, sino siervos; la verdadera libertad no reside más que en los santos; es decir, en los que, auxiliados por la gracia, se sujetan á la posibilidad de pecar.” Por último, para los espíritus fuertes, que cuentan entre las fábulas los milagros y las profecías, pareciéndoles piedra de escándalo aquello mismo que debiera hacerlos creyentes, para éstos dijo Donoso, generalizando su frase que nuestro Señor Jesucristo no ha triunfado del mundo por la

„santidad de su doctrina, ni por las profecías ni milagros, sino á pesar de todas estas cosas.” Y he aquí cómo la vivacidad de la lucha pudo empeñarlo en trances arriesgados, de manera que por asegurarse bien de tocar la meta, ha parecido á veces como que la traspasaba.

„Pero también puede preguntarse: ¿cuántos escritores hay de polémica popular en tiempos de reacción, que se hayan eximido de cometer estas faltas? Y esto es muy natural: al ver la intemperancia, digámoslo así, de sus adversarios, no es extraño que hayan creído imposible vencerlos sin exagerar un tanto la verdad; pues que ello al cabo, las almas obtusas y aletargadas por las densas tinieblas de error que las circundan, tienen precisión de que se las despierte y sacuda con afirmaciones atrevidas, resueltas, dogmáticas. El Conde José de Maistre, que bajo muchos respectos puede compararse al Marqués de Valdegamas, fué también tachado, no sin fundamento, de algún extravío en aquel punto; y sin embargo, el hecho es que sus escritos, si bien sembrados en tal ó cual parte de alguna proposición aventurada y un tanto paradójica, consiguieron plenamente su fin; pues que derribaron al genio volteriano y liberalesco, siendo, en resumen, una fecunda semilla, de la cual brotaron entre los seculares tantos y tan valerosos campeones de las doctrinas católicas. Sin duda los escritores están obligados á guardar un prudente medio entre los extremos; pero ¿á cuántos es dado hacerlo así, donde la discusión requiere vivacidad de formas, energía de figuras, generalidad de conceptos, y una marcha, en fin, franca, segura y expedita?„

No se tendrá por inoportuno haber dado tanta extensión á esta cita, si se considera que con ella quedan probadas juntamente muchas cosas que importan, por un lado, á lo que exige la buena memoria del Marqués de Valdegamas; y por otro, á lo que dicta la conciencia de un cristiano. Queda demostrado que las amargas censuras de que el *Ensayo* fué objeto carecían de fundamento sólido, por más que se apoyasen en algún pretexto plausible; queda demostrado que, cualquiera que sea el valor de aquellas censuras, desde el instante que pueden fundarse en algún pretexto, conviene refutar lo que en ellas haya de inexacto, condenar lo que haya de malévolos y poner en su verdadero punto lo que haya de plausible. Para todos estos fines, presentaremos en la edición de aquel libro las notas y advertencias convenientes, tomando por guía principal las que figuran en la edición italiana, de que anteriormente queda hecha mención, y con las cuales, al decir de la *Civiltà Católica*, “se desva-